

UN BALCON

JULIO CIENFUEGOS LINARES

ESTE es el llamado balcón de Extremadura. Esta es la torre del homenaje del castillo de Alburquerque, al que decían castillo de Luna. Su crestería está desdentada, sus matacanes rotos. Por debajo se extiende sobre un arco apuntado robusto y magnífico, la ronda que lleva a la torre de los tres picos. A los pies la iglesia del castillo, las antiguas cuadras, el maltrecho cementerio. De una junta de la torre prorrumpie una higuera ahincada en la piedra y en la argamasa para chupar no sabemos qué clase de tuétano secular. Más abajo el pueblo a un lado, los eucaliptos del paseo al otro. Tajado a pico el fundamento del castillo en roca viva, verdinosa y azufrada.

Desde aquí se domina un vasto panorama. Un panorama enorme que no pueden contener las sierras. Desde aquí se ve el lomo de muchas y, perdiéndose entre ellas, valles españoles y portugueses. Desde aquí, «blanca paloma», como todos los santuarios campesinos, se ve Carrión, junto al Gévora ahora florecido de adelfas. Desde aquí se ve todo. Tanto que si en Extremadura hubiese, bien distribuidos, ocho castillos tan señores como éste, toda Extremadura se vería en ocho panoramas.

Detrás de la sierra de los Santiagos se ve el castillo de Azagala, colgado sobre el Albarragena. Y la Hoya; y Santa María. Y muy lejos la sierra de San Serván que localiza a Mérida y define por donde debe ir el Guadiana. Y más lejos todavía, detrás, como una dudosa sombra, la sierra de Hornachos, remotísima. Y a otro lado la de Montánchez. Y para abajo Alor y Badajoz bien visibles sobre uno de los cerros de Dos Hermanas. Y acaso, el castillo de Feria. Y la sierra portuguesa de la Ossa. Y Elvas con su sierra de la Gracia y Ouguella y la Esperanza. Y más lejos confines de Portugal, tan próximo. Y la mole de San Mamed y Marvao. Cerca la sierra de los Naranjos y Codosera. Mayorga y el campanario de San Vicente. Las sierras de Aliseda y San Pedro; Aguzaderas y el Torrico. Todo se ve desde aquí. Todo un paisaje movido que se ondula en los valles y se encabrita en los riscos.

Desde aquí se ve la calva insidiosa de los baldíos, delimitada con precisión la línea egoísta de la propiedad junto a la prodigalidad de lo común. El arbolado se aprieta en las dehesas negreando el horizonte, mientras en los baldíos se esparce solitario y raro, mal tratado y peor defendido. Desde aquí los canchales volcánicos lucen al sol.

Pasan bajo nosotros, parece que suspendidas por sabios hilos, las cigüeñas que anidan en San Mateo. Estirada su fina silueta egipcia de ave anacrónica y brillante, estirado su pico, estiradas las patas,

batientes las alas lentas y majestuosas. De vez en cuando los cernícalos se detienen inverosímiles en pleno vuelo. Desde el pueblo llega el roznar de un burro y las tracas de las cigüeñas con las palas de sus picos, en los nidos. Por la carretera, en el valle, un coche levanta una leve nubecita de polvo que recuerda viejas cabalgadas. La fuente del Caño miente un morabo tetuaní entre las huertas. Los olivos a esta hora fosforecen una plata verdeante. En el valle se adivina a los hortelanos en sus quehaceres. Oscuras y suasorias las higueras son paraísos de sombra y de frescura. Por las callejas se ven borriquillos, liliputienses desde este balcón. No se puede localizar a un perro que ladra no sabemos dónde con desafortunadas razones.

A lo lejos se vela el horizonte con una impalpable niebla, polvillo dorado que levanta la caligine desde el suelo. Las sierras portuguesas azuladas y violetas se difuminan en un medio tono velado por el misterio de la niebla que se desgarran en cendales, bogando a media altura. De las hoyas exuda la tierra un vaho húmedo y tenue. El paisaje todo se arropa bajo el sol y bajo la mirada para brindarnos sus colores, variopintos y graves, matizados suavemente bajo la caricia de la niebla vespéral.

Se está haciendo, se está haciendo terciopelo la calidad de los tonos. Las encinas chiquitas, oscurecen los alcoces. En las umbrías las pinceladas son más vigorosas. En las solanas, leves. La tierra está esponjada y creyéramos oír los mil ruidos que solo ella, madre nutricia tendida al sol, puede producir. A intervalos el claror del cielo hace melancólico el paisaje por contraste. Domina la felpa siena, el morado, el bronco gris vegetal de las encinas. San Blas y Santa Lucía levantan, como una corona de hierro, el casco merovingio de sus riscos. Más lejos los jarales, fundidos en maraña con los alcornocos, apelmazan un tono violeta oscuro donde se siente latir la sugestión venatoria de ciervos y jabalies. En las cumbres se adensan los morrillos oscuros, tal como si se derramasen los colores por las faldas difuminándose poco a poco. Hay braveza y bucólica, y dulzura, y fantasía, en este paisaje demasiado hondo y demasiado amplio. Un paisaje recio, profundamente extremeño, de inacabables perspectivas y sierras brumosas, encinares y jaras, zafras barcinas y riberas del Gévora lento y vicioso, florecidas de cárdeno.

Erguidos sobre el castillo, colgado sobre un horizonte colosal y luminoso, trascienden hasta el contemplador, como prorrumpiendo de las pizarras que solan la alta plaza, toda la pujanza, todo el vigor del castillo. En lo hondo, un campo muy hondo. En lo alto, un cielo muy alto. Un cielo que se está empezando a vestir de galas crepusculares. Se advierten las nubes cabalgando sobre el aire en cirrosas combinaciones que se distienden o se agrupan o se sueltan filiformes. Se derrama sobre las sierras portuguesas el bermejo coágulo del ocaso, la «vaca desollada» anunciando agua al tercer día.

Y aquí en este castillo, ante este panorama único, se vuelve la vista buscando las águilas caudales que señoreen el ancho cuenco donde solo el Gévora copia una espada de cielo brillante. Y aquí en

esta muela formidable que le ha salido a una encía de roca, se está contemplando la ruda movilidad de los canchales, protestando broncos y agresivos de la paz del campo.

Por Conejeros los barbechos van perdiendo la gracia de su oro, cuando el sol deja de prestarles su lustro. Ese color amarillo que es alegre y optimista, y que, fácilmente violable, un adarme de combinación torna sucio y feo, que observó Goethe. Pero que aquí, sobre la tierra parda, gana una calidad suprema de oro viejo ahora que el sol se va retirando. Los pinos de San Blas se encimeran de bruma. La atardecida resuelve el paisaje en meditación inacabable.

Y la visión se torna dulce. Fantasmales figuras de otras épocas pueblan el patio de armas. Se escucha el golpe del cuento de las lanzas, el hablar antañón de los caballeros, un piafar inquieto de juglaría en el ajimez del salón del trono. Por las huertas, lejanísima, se oye la voz de un mozo. Encaramándose por la ladera sube el ronroneo perezoso de un motor.

Desde la iglesia, derramándose por el llano, comienzan a llegar las campanadas tranquilas que llaman al rosario...

CLAVILEÑO

Las cañas, el aire, la orilla del cielo
se tiñen de verbo, de luz y de numen;
las cosas se borran, los nombres se sumen,
la muerte no pisa las flores del suelo.

La fe, la simpleza, la magia del vuelo,
que afirma, que pliega, que riza el volumen,
en sueños y hogueras el mundo consumen
y engendran y pintan y corren el velo.

Si el más glorioso, celeste viaje
tan simple tramoya montar aconseja
y el sueño es del loco feliz contrapunto,

no en rutas uliseas de arcano paraje
confíes, descansas ni sueños, y deja
tu vida clavada de luz en un punto.

EUGENIO FRUTOS

